

—No, no iré... No iré.

¡Y era la madre de sus hijos, una Afchin!

De pronto, á la idea de que su suerte estaba en manos de aquella mujer, de que bastaba para salvarle que ella se vistiese, de que el tiempo pasaba, de que pronto sería tarde, cruzó por su cerebro, descomponiendo su semblante, una ráfaga de crimen. Avanzó hacia ella con las manos abiertas y crispadas, en ademán tan terrible, que la Afchin, azorada, se arrojó, pidiendo socorro, hacia la puerta por la cual había salido el frotador:

—¡Aristides!...

Aquel grito, aquella voz, aquella intimidad de su mujer con el subalterno... Jansoulet se detuvo, apagada en un momento su cólera, luego con gesto de asco, huyó hacia afuera, arrojando las puertas, con más prisa por librarse del infortunio y del horror que adivinaba en su hogar, que de ir á casa de su amigo en busca del prometido socorro.

Un cuarto de hora después Jansoulet aparecía en los salones de la baronesa, dirigía al banquero, al entrar, un gesto desconsolado y se acercaba á la baronesa balbuceando la frase de reglamento que había oído repetir tantas veces la noche de su baile... «Su mujer muy indispuesta... siente en el alma no poder venir...» Ella no le dió tiempo á que acabase, se levantó poco á poco, desenroscóse, como larga y adelgazada culebra, dentro de los ropajes al bies de su ajustado vestido, y dijo, sin mirarle, en tono socarrón: «Ya, ya me lo figuraba...» luego cambió de sitio y ya no volvió á ocuparse de él.

Al verse solo, trató de acercarse á Hemerlingue, pero éste parecía estar muy ensimismado en su coloquio con Mauricio Trott. Entonces fué á sentarse al lado de la señora Jenkins cuyo aislamiento corría parejas con el suyo. Pero, mientras conversaba con la pobre señora, tan decaída como él preocupado, no apartaba los ojos de la baronesa, contemplando cómo hacía los honores de aquel salón tan confortable en comparación de sus vastos almacenes dorados.

Comenzaba el desfile. La señora de Hemerlingue acompañaba hasta la puerta á algunas de sus visitas, tendía su frente á la anciana princesa, postrábase ante la bendición del obispo armenio, saludaba con una sonrisa á los pollos del bastón, encontraba para cada cual con acabada soltura el despido

adecuado; y el infeliz no podía menos de comparar aquella esclava oriental tan parisiense, que hacía tan buen papel en medio de aquella sociedad la más distinguida del mundo, con la otra de su casa, la europea cebada por el Oriente, embrutecida por el tabaco turco, hinchada de ociosidad. Sus ambiciones, su orgullo de esposo quedaban heridos de muerte, humillados en aquella unión cuyos riesgos, cuyo vacío llegaba á ver entonces, última crueldad del destino que hasta el refugio de la felicidad doméstica negaba á sus infortunios públicos.

Poco á poco iba quedando desierto el salón. Las levantinas desfilaban una tras otra, dejando cada vez un hueco inmenso en su sitio. Habíase retirado también la señora Jenkins, y sólo quedaban en el salón dos ó tres señoras desconocidas de Jansoulet, entre las cuales parecía como que se parapetase contra él la dueña de la casa. Pero Hemerlingue estaba libre, y el Nabab le embistió en el momento de escurrirse furtivamente hacia su despacho, situado en el mismo piso, frente á las habitaciones. Jansoulet salió con él, olvidándose, tal era su turbación, de despedirse de la baronesa; y una vez en la meseta de la escalera, que hacia las veces de recibidor, el gordo Hemerlingue, quien mientras había estado delante de su mujer se había mantenido muy frío, muy reservado, pareció dar alguna expansión á su semblante.

—Es un mal negocio, dijo en voz queda cual si temiese ser oído, que tu mujer no haya querido venir.

Jansoulet le contestó con un gesto de desesperación y furiosa impotencia.

—Mal negocio... mal negocio... repetía el otro echando bufidos y buscando la llave en el bolsillo.

—Vamos, amiguito, dijo el Nabab cogiéndole una mano, no porque nuestras mujeres no se entiendan, nosotros... Este no es motivo para que dejemos de ser camaradas... ¡Qué buen rato el de la otra tarde, eh?...

—Sí, sí... decía el baron desasiéndose para abrir la puerta la cual giró sin ruido, mostrando el elevado gabinete cuya lámpara ardía solitaria delante del enorme sillón desocupado... Vamos, adiós, te dejo... He de despachar el correo.

—*Ya didou, Mouci* (1)... dijo el pobre Nabab esforzándose

(1) Eh, dime, señor.

en bromear y sirviéndose de la jerga *sabir* para despertar otra vez en la memoria de su viejo compinche los suaves recuerdos avivados la penúltima tarde... Quedamos en lo de la visita á Le Merquier... El cuadro que hemos de ofrecerle, ¿me entiendes?... ¿Qué día te parece?

—¡Ah! sí, Le Merquier... Es verdad... Sí, uno de estos días... Ya te escribiré...

—No lo olvides... ya sabes que es cosa urgente...

—Sí, sí, ya te escribiré... Adiós.

Y el buen hombre cerró la puerta apresuradamente, como por temor de ser sorprendido por su mujer.

Dos días después el Nabab recibía un billete de Hemerlingue, que hacían casi indescifrable sus patitas de mosca complicadas por abreviaturas más ó menos mercantiles á cuyo amparo disimulaba el ex-cantinerero su falta absoluta de ortografía.

Mi | que | ant | .cam. |

*Decidid | no | pue | acomp | á casa | Le Merq. | Estoy ocup |
Adem | estar | mej | sol | para abl | Present | sin cump | Te
aguar | C | Cassette, todas las ma | de 8 á 10.*

Tuyo

HEM. |

Al pié, por post-data, en carácter muy fino también, pero más limpio, se leía:

« Un cuadro religioso en cuanto sea posible. »

¿Qué pensar de aquella carta? ¿Era buena voluntad ó una negativa disimulada? Fuese de ello lo que fuese, no cabía vacilar un punto. El tiempo apremiaba. Jansoulet se decidió á tentar un último esfuerzo, porque Le Merquier le daba mucho miedo, y una mañana se fué resueltamente á su casa.

Nuestro extraño París, así en su población como en sus aspectos, parece un trasunto abreviado del mundo entero. Hay en el Marais callejas angostas, de vetustas puertas bordadas, carcomidas, de ángulos salientes, de balcones con barandillas historiadas que traen á la memoria la antigua Heidelberg. El barrio de Saint-Honoré en su parte ancha al rededor del templo ruso de minaretes blancos y bolas de oro, evoca un barrio de Moscou. Conozco en Montmartre un rincón api-

ñado y pintoresco que es Argel puro. Entre Neuilly y los Campos Elíseos, las calles, con sus casitas bajas y limpias, su entrada con plancha de latón y el jardincito particular entre la verja y la fachada, son completamente inglesas; al paso que toda la meseta de San Sulpicio, la calle de Ferou, la de Casette, tranquilas á la sombra de sus robustos torreones, con sus empedrados desiguales, sus puertas con aldabón, parecen arrancadas á la vida provincial y religiosa; Tours ú Orleans, por ejemplo, en el barrio de la Catedral y en el palacio del Prelado, con sus callejas por encima de cuyos paredones laterales asoman frondosos árboles que se mecen al compás de las campanas y de los responsos.

En aquella barriada, cerca del Círculo católico que le acababa de nombrar Presidente honorario, vivía M. Le Merquier, abogado, diputado por Lyon, agente de todas las grandes comunidades de Francia, y á quien Hemerlingue, con una perspicacia un tanto profunda para hombre de sus libras, había confiado los intereses de su casa.

Al llegar, á cosa de las nueve, frente á un caserón antiguo cuya planta baja ocupaba una librería religiosa adormecida en el olor á sacristía y á papel basto para imprimir milagros, al subir por aquella escalera anchurosa blanqueada con cal como la escalera de un convento, sintióse Jansoulet penetrado de aquella atmósfera provincial y católica en la cual revivían para él las memorias de un pasado meridional, impresiones de la niñez, intactas y frescas todavía merced á su larga expatriación, y de que el hijo de Francisca no había tenido tiempo ni ocasión de renegar desde su llegada á París. La hipocresía mundana había revestido á sus ojos todas las formas, ensayado todas las caretas, fuera de la careta de la integridad religiosa. De ahí que se resistiese á creer en la venalidad de un hombre que vivía en un ambiente como aquel. Introducido en el recibidor del abogado, vasto locutorio con cortinillas de muselina almidonada y planchada como de sobrepelliz, sin más adorno que una hermosa copia del *Cristo muerto* del Tintoreto encima de la puerta, su incertidumbre y su turbación trocáronse en convicción indignada. No era posible. Le habían engañado miserablemente. Había en ello una de esas atrevidas maledicciones á que París da asenso en su ligereza habitual; ó acaso le tendían uno de esos lazos

terribles con los cuales no paraba de tropezar desde hacía seis meses. No, aquella conciencia tan renombrada en el Palacio de Justicia y en la Cámara, aquel personaje austero y frío no podía ser tratado como uno de esos bajáes pancisacados, de holgado cinturón, de mangas flotantes tan á propósito para recibir los bolsones de zequíes. Tentar para con él aquellos medios de corrupción era exponerse á un fracaso estrepitoso, á la rebelión legítima de la honradez puesta en duda.

Así hablaba el Nabab para consigo mismo, sentado en el banco de nogal que corría al rededor de la pieza bruñido por los hábitos de sarga y el rugoso paño de las sotanas. Á pesar de lo temprano de la hora había mucha gente que aguardaba. Un dominico que paseaba del uno al otro extremo de la sala á largos pasos, figura ascética y serena, dos buenas hermanas, hundidas en los alones de su cofia, que desgranaban luengos rosarios para medir el tiempo de espera, curas de la diócesis de Lyon que se daban á conocer por la forma de sus sombreros, y con ellos una porción de sujetos de semblante austero y recogido, instalados al rededor de la gran mesa de madera negra que ocupaba el centro de la habitación y hojeando alguno de esos periódicos edificantes que se imprimen en la colina de Fourvières, el *Eco del Purgatorio*, el *Rosal de María*, y dan como prima á los suscritores un año de indulgencia pontificia, remisiones de pruebas futuras. Algunas palabras en voz queda, toses contenidas, el leve susurro del rezo de las buenas hermanas recordaban á Jansoulet la sensación confusa y remota de las horas de espera en un rincón de la iglesia de su pueblo, en torno al confesonario, cuando se acercaba alguna fiesta solemne.

Por fin llególe el turno, y si alguna duda le hubiese podido quedar acerca de M. Le Merquier, se la dispó por completo aquel extenso despacho sencillo y severo—algo más adornado, sin embargo, que el recibidor—cuyo recinto servía de marco á la austeridad de principios y al enjuto cuerpo del abogado, alto, encorvado, estrecho de espaldas, metido en un eterno levitón negro corto de mangas y del cual salían dos puños negros, cuadrilongos y aplanados, dos barras de tinta china hieroglificadas de prominentes venas. El rostro del diputado clerical, de ese tinte apagado de lionés enmohecido

por el vaho de los dos ríos que le cercan, tenía, sin embargo, cierto vigor de expresión merced á su mirada ambigua, ora relampagueante aunque escondida detrás del cristal de sus anteojos, ora, y con preferencia, viva, suspicaz y negra por encima de los propios anteojos, y oscurecida por la sombra reentrante que proyectan en la arcada de las cejas los ojos levantados y la cabeza gacha.

Después de una acogida casi cordial en comparación con el saludo frío que los dos colegas cambiaban en la Cámara, un «os aguardaba» que podía llevar segunda intención, el abogado señaló al Nabab una butaca vecina al escritorio, indicó al criado, beatuscho y completamente vestido de negro, no precisamente «que ciñese el cilicío con las disciplinas», pero sí que no volviese hasta que fuese llamado, arregló algunos papeles diseminados por encima de la mesa, tras de lo cual, cruzándose de piernas y ovillándose en su sillón como quien está dispuesto á escuchar, á ser todo oídos, apoyó la barba en la mano, y así quedó, con los ojos fijos en una gran cortina de reps verde que caía hasta el suelo frente por frente á él.

El momento era decisivo, la situación embarazosa. Pero Jansoulet no vaciló. El pobre Nabab tenía, entre otras pretensiones, la de ser un Mora en punto á conocer á los hombres. Y ese buen olfato que, según él, no le había engañado una sola vez, le decía en aquel momento que se encontraba delante de una honradez rígida é inquebrantable, una conciencia de granito, á prueba de piqueta y de pólvora. «¡Mi conciencia!» Varió, pues, repentinamente su programa, dejó á un lado los ardides, las medias palabras en que se atacaba su carácter franco y resuelto, y alta la cabeza, con el corazón en la mano, habló á aquel hombre en el lenguaje que más se avenía con el modo de ser de quien hablaba.

—No os extrañe, querido colega—su voz temblaba, pero muy luégo la afianzó la convicción de su defensa—no os extrañe que en vez de reducirme sencillamente á dar explicaciones ante la sección de actas, haya preferido venir aquí á hablaros particularmente. Son de índole tan delicada y tan confidencial las explicaciones que he de daros, que me sería imposible hacerlo en un lugar público, ante mis colegas reunidos.

Le Merquier miró la cortina por encima de sus anteojos, con aire azorado. Evidentemente la conversación tomaba un giro imprevisto.

—No entraré en el fondo de la cuestión, prosiguió el Nabab... Vuestro dictamen, seguro estoy de ello, es imparcial, es leal, obedece exclusivamente á las inspiraciones de vuestra conciencia. Pero se han echado á volar en contra mía una serie de calumnias miserables á las cuales no he respondido y que acaso hayan influido en poco ó en mucho en la opinión de la mesa. De esto es de lo que vengo á hablaros. Sé la confianza con que os honran vuestros colegas, y que, una vez haya logrado convencerlos á vos, bastará vuestra palabra sin que me vea forzado á publicar mis desventuras en presencia de todo el mundo... Conocéis el cargo. Me refiero al más terrible, al más innoble de todos. Sería tan fácil caer en el error... Mis enemigos han citado nombres, fechas, lugares... Pues bien; os traigo las pruebas de mi inocencia. Las revelo delante de vos, de vos solo; porque tengo poderosas razones para guardar secreto todo este asunto.

Entonces puso de manifiesto al abogado un atestado del cónsul de Túnez, del cual resultaba que en veinte años no había salido de allí más que dos veces, la primera para ir á ver á su padre moribundo en Bourg-Saint-Andeol, la segunda para ir á hacer una visita de tres días en compañía del Bey á su quinta de Saint-Romans.

—¿Cómo se explica que teniendo en mi poder un documento tan concluyente no haya llevado á los tribunales á mis detractores para desmentirlos y confundirlos?... ¡Ah! caballero, hay en las familias crueles solidaridades... Tuve un hermano, un infeliz, mimado y sin carácter, que se arrastró largo tiempo por los lodazales de París, dejando en ellos su inteligencia y su honor... ¿Será verdad que descendió hasta ese grado de abyección que con su nombre se me ha imputado?... No me he atrevido á averiguarlo... Lo único que sé es que mi padre quien, con respecto á ese punto, sabía de lo sucedido más que ninguno de los de la casa, al morir me dijo al oído: «Bernardo, quien me mata es tu hermano... Hijo mío, muero de vergüenza.»

El Nabab hizo una pausa necesaria para dar tregua á su sollozante emoción, y luego prosiguió:

—Mi padre murió, M. Le Merquier, pero mi madre vive todavía, y por ella, para su tranquilidad he retrocedido y retrocedo aún ante el estrépito de mi vindicación. Hasta ahora, las manchas que han caído sobre mí no han podido alcanzarla á ella. Esas hablillas no trascienden más allá de ciertos círculos, de una prensa especial; la pobre mujer vive á mil leguas de esa prensa... Pero los tribunales, un proceso representan nuestra desgracia paseada de un extremo á otro de Francia, los artículos del *Mensajero* reproducidos por todos los periódicos, aun por los de la remota comarca en donde vive mi madre. La calumnia, mi defensa, sus dos hijos cubiertos de ignominia por el mismo golpe, nuestro apellido—único orgullo de la pobre aldeana—manchado por siempre más... Sería demasiado para ella. Habría de sobras para matarla. Y francamente, creo que basta con uno... He aquí por qué he tenido el valor de callarme, de cansar á mis enemigos, si posible era, á fuerza de silencio. Pero necesito que haya alguien que responda de mí ante la cámara. Quiero quitarle á ésta el derecho de rechazarme por motivos deshonrosos, y puesto que os ha elegido para ponente, he venido á contároslo todo como á un confesor, á un sacerdote, suplicándoos que no divulgéis una palabra de esta conversación, ni aun en interés mismo de mi causa... Es lo único que os pido, querido colega, una discreción absoluta; por lo que toca á lo demás, lo dejo á vuestra justicia y á vuestra lealtad.

Iba á ponerse en pié y á marcharse, y Le Merquier se mantenía firme en su asiento, interrogando todavía el verde cortinaje frontero cual si buscara en él la inspiración de su respuesta... Por fin:

—Se hará como deseáis, querido colega. Vuestra confidencia no saldrá de aquí... Como si nada me hubiéseis dicho, ni yo hubiese oído nada.

El Nabab, excitado todavía por su arranque que merecía en su entender una respuesta cordial, un fuerte apretón de manos, se sintió presa de extraño malestar. Aquella frialdad, aquella mirada ausente le turbaban de tal suerte que iba ya á tomar la puerta con el torpe saludo de los importunos. Pero el otro le retuvo:

—No os vayáis todavía, querido colega... ¿Tanta prisa lleváis?... Un momento, os lo suplico... Me gusta demasiado

hablar con una persona como vos para que os deje partir de esta manera... Tanto más cuanto que media entre vos y yo más de un motivo de afinidad... Sé por nuestro amigo Hemerlingue que también vos sois muy aficionado á cuadros.

Jansoulet se estremeció. Aquellas dos palabras: «Hemerlingue... Cuadros», apareciendo en la misma frase y tan inopinadamente, hacían revivir en él todas sus dudas, todas sus perplejidades. Con todo no se rindió en seguida, y dejó que Le Merquier apuntase palabra tras palabra, estudiando el terreno por medio de tanteos inseguros... Había oído hablar mucho de la galería de su colega... ¿Sería una indiscreción el pedir permiso para visitarla?...

—¡Cómo así! Sería para mí demasiado honor, dijo el Nabab herido en la cuerda más sensible, por lo mismo que había sido la más cara, de su vanidad; y mirando á su alrededor las paredes del despacho, añadió en tono de entendido:

—Veo que vos también poseéis algunas obras de lo bueno.

—¡Bah! dijo el otro modestamente... Unas pocas telas... Es tan caro hoy día esto de la pintura... es un gusto que cuesta tanto satisfacer, una verdadera pasión de lujo... Pasión de Nabab, dijo sonriendo y asestándole una mirada furtiva por encima de sus anteojos.

Eran dos jugadores precavidos frente á frente; á bien que Jansoulet se sentía algo violento en aquella nueva situación en que le era indispensable mucha cautela, á él precisamente que no conocía más que los golpes de audacia.

—Cuando pienso, murmuró el abogado, que me cuesta diez años el llenar estas paredes y que todavía me falta llenar todo ese entrepaño...

Con efecto, en el lugar más visible de la elevada pared se veía un espacio vacío, ó mejor, evacuado, porque un grueso clavo dorado cerca del techo marcaba la huella visible, hasta grosera, del lazo tendido al pobre infeliz, quien se dejó caer tontamente en él.

—Querido señor de Le Merquier, dijo en voz melosa y bonachona, precisamente tengo una Virgen del Tintoreto de las dimensiones de vuestro entrepaño...

Era imposible leer cosa alguna en los ojos del abogado, hundidos esta vez detrás de su abrigo de cristal.

—Permitidme que os lo cuelgue allí, frente á vuestro es-

critorio... Así tendréis ocasión de acordaros algunas veces de mí...

—Y de atenuar la severidad de mi dictamen, ¿no es esto, caballero? prorrumpió Le Merquier, en pie y formidable, puesta la mano en el timbre... He visto muchas imprudencias durante mi vida, pero ninguna comparable á esta... Ofertas así, á mí, en mi propia casa...

—Pero, querido colega, os juro...

—Acompañadle... dijo el abogado al patibulario que acababa de entrar; y desde el centro de su despacho cuya puerta quedó abierta, delante de todo el locutorio en el cual habían callado todos los Paternoster, disparó contra Jansoulet— quien paraba la espalda y se dirigía á marchas forzadas, balbuceando, hacia la salida— estas centelleantes palabras:

—Al ultrajarme á mí, caballero, habéis ultrajado el honor de toda la Cámara... Hoy mismo lo sabrán todos nuestros colegas; sumarán este cargo á los demás que pesan sobre vos, y así sabréis á costas vuestras que París nó es el Oriente, y que aquí no toleramos, como allí, esa compra-venta, ese tráfico vergonzoso con la conciencia humana.

Y luego de haber arrojado del templo al mercader, el hombre justo volvió á cerrar la puerta, y acercándose á la misteriosa cortina verde dijo en tono que salía almidado de su fingida cólera:

—¿Es esto, baronesa María?

